

ducen todos los fenómenos de la vida de los hombres y de los pueblos.

Pero se me podría decir que aquí hay una tautología: ¿cómo llegar á conocer al hombre sino por sus obras? La biología, por una parte, y la filología, por otra, que no son obra de los hombres sino de la naturaleza misma, es lo que nos da elementos para conocer al hombre; y una vez conocido el hombre, él, de por sí, nos basta para conocer sus obras, que, estudiadas en sí mismas, nos llevan á conclusiones tan erróneas como que la Belleza será eternamente armonía y el Progreso eternamente riqueza... A través de todas las evoluciones hay un fondo de *identidad humana*; la psicología es la que evidencia ese fondo, y la psicología puede darnos luego la clave del pasado, del presente y del futuro..

Establecida esta METODOLOGÍA DEFINITIVA para el estudio de las humanidades, es ya más evidente que éstas constituyen las más útiles y elevadas especulaciones del espíritu humano. Todas las demás ciencias y artes son, ó sus bases ó sus accesorios. Siendo función del humanista fijar rumbos á las sociedades, él es el más trascendente de los ciudadanos. Su acción es doble: directa en lo moral (política, artes), é indirecta sobre lo material (ciencias, riqueza). De ahí que las instituciones en que se enseña humanidades sean las más importantes; como lo ha declarado un

fisiólogo, Dubois-Reymond, rector de la Universidad de Berlín, la facultad de humanidades debe ser la base de una Universidad. Pero, desgraciadamente, nada más extraordinario que un verdadero humanista que, por otra parte, requiere, para poderse desenvolver, un medio ambiente propicio; y, desgraciadamente también, instituciones educativas de humanidades bien organizadas, sólo existen poquísimas en el mundo; apenas algunas facultades de Francia, Alemania é Inglaterra. En Italia, Rusia y Norte América se hacen esfuerzos para producirlas, que acaso no resulten infecundos. ¡Todas las demás instituciones del género que conozco son parodias más ó menos eficaces, y á veces contraproducentes, en que discípulos y profesores, ó no aprovechan tan bien como pudieran su tiempo, ó lastimosamente lo pierden!

Frecuentemente se menosprecia á las ciencias morales porque no han arribado á principios ó doctrinas unánimes. Se olvida que aun cuando toda teoría moral fuera hipotética, es indiscutible que semejante hipótesis influye trascendentalmente en el orden ideal y el material; sabida es la influencia del «Contrato Social» sobre la Revolución francesa, de la ética de Kant sobre la conducta y las costumbres de los alemanes... Pero aparte de ello, es evidente que cada día nos acercamos más y más, en filosofía, al anhelado acuerdo total de hechos é ideas, ya que no de palabras.

CAPITULO II

La sensibilidad, la facultad de sentir el placer ó el dolor según que las circunstancias sean ó no favorables á la vida, primer fenómeno de la vida animal.

El primer fenómeno de la vida animal, la primera revelación de la vida del protozooario y del recién nacido, es la traducción subjetiva de la influencia del medio ambiente en impresiones sensitivas; es la sensación, siempre susceptible de acusarse en dolores y placeres, más ó menos conscientes; es, en últimos términos, la capacidad que posee toda unidad orgánica perfecta de sentir, según las circunstancias, más ó menos conscientemente, el placer ó el dolor; es el sentido general del sentimiento; en una palabra: es la *sensibilidad...*

Todo animal distingue el dolor del placer; pero hasta ahora nadie ha dado de ellos una definición exacta. Es que, como ocurre con la mayoría de los fenómenos psíquicos, es tan difícil como innecesario definirlos. Su explicación más sintética es que el primero ocasiona una impresión contra la cual lucha espontáneamente el organismo y que, si no reacciona, provoca estados anormales y patológicos, el debilitamiento, las infecciones y la muerte; el segundo proviene del sano ejerci-

cio de las actividades vitales. El uno ocasiona, si no se domina á tiempo, un aniquilamiento parcial ó total de la vida; el otro, mientras no se extreme artificiosamente, como en la hatchización, la salud y la vida. La existencia de placeres patológicos, como la ilusión de los tísicos y la «euforia» de los moribundos, son anomalías que, por excepción, pueden menospreciarse al establecer principios generales; anómalo es también, á pesar de su frecuencia, el *placer del dolor*, y algo más raro el *dolor del placer*.

Dolor y placer son físicos y psíquicos, aunque sin diferenciarse *esencialmente* en su naturaleza y efectos según que pertenezcan á una ú otra categoría; pues que todo dolor ó placer físico posee su correlación psíquica y viceversa.

Podríaseme objetar que en la evolución de las especies el primer fenómeno por el cual se manifiesta la vida del protozooario es el acto reflejo mecánico que se traduce en motricidad; y que, en la evolución del individuo, al menos como lo ha comprobado la anatomía en los mamíferos superiores, son los nervios motrices los que primero se mielinizan en el cerebro del feto. Ambas objeciones se contestan en la teoría que expongo. Con los movimientos aparentemente automáticos de la amibia, involucro, como postulado científico, su nexa psíquico, cuyo nexa no puede ser otro que sensaciones de dolor incipiente,

contra las cuales se reacciona, ó de placer incipiente, en la reacción vital misma. En cuanto á la vida individual, es verdad que la motricidad parece anterior á la sensibilidad, según lo comprueba la anatomía cerebral del feto. Pero no debe olvidarse que la herencia es lo que determina en los cerebros de los vertebrados superiores la mielinización previa, en la vida intrauterina, de los centros motores. Las primitivas sensaciones psíquicas de dolor y placer que engendraron en la estirpe los primeros movimientos, han desaparecido ó pasado al estado de dolores y placeres latentes, inconscientes ó subconscientes. Entonces, podría emitirse así el principio: la primera reacción de la vida contra el dolor y á favor del placer se manifiesta por el movimiento reflejo; y como el movimiento reflejo engendra la motricidad, la motricidad es la *primera exteriorización* de la vida. Las localizaciones motrices son, pues, *sensoriomotrices*, siendo la transformación *sensoriomotriz* la *primera ley*, la *ley general* del funcionamiento nervioso. En una palabra, por la herencia, los primitivos fenómenos *psíquico-sensorios* y *psíquico-motores* son hoy simplemente motrices ó sensoriomotrices.

Para Wundt, y en general para los fisiólogos alemanes modernos, la sensación se compone de tres elementos: *intensidad*, *cualidad* y *afección*.

El primero se refiere á su mayor ó menor violencia; el segundo al sentido en que se acusa (táctil, olfativo, auditivo, visual); y el tercero al *tono de sentimiento* (*Gefühlston*) ó al *sentimiento sensorial* (emoción sensorial, *sinnliche Gefühl*) (1). «Los términos opuestos entre los cuales oscila la emoción sensorial, llevan el nombre de *sentimiento de placer* y *sentimiento de dolor*. El placer y el dolor son estados que pasan del uno al otro, atravesando un punto de indiferencia.» La afección, el tono de sentimiento, de placer ó de dolor, *depende de la intensidad y de la cualidad de la sensación*. Ahora bien, en la evolución de las especies, los órganos para medir la intensidad, y especialmente la cualidad de las sensaciones, han aparecido muy posteriormente al *tono de sentimiento*. Los animales más ínfimos reaccionan por las sensaciones que reciben del exterior; pero no son capaces, evidentemente, de distinguir su intensidad y cualidad, lo cual sólo es posible en un sistema nervioso ya más complicado. De este modo, el tercer elemento de la sensación, según Wundt, es, en realidad, el primero, y viceversa; todo matiz psíquico tiene así su correlación física.

Los fisiólogos modernos han pretendido, hasta ahora sin éxito, patentizar todo el mecanismo

(1) *La Psychologie physiologique*, tomo I, pág. 527. F. Alcan, París, :886.

del dolor físico; sólo han llegado á demostrar que es una sensación *más intensa y menos durable* que el placer, y que, por otra parte, el pleno desenvolvimiento de las actividades vitales es la causa eficiente del placer (1). Los doctos

(1) Algunos fisiólogos, como Goldscheider (*Ueber den Schmerz*, Berlín, 1894), Sachs y Frey (*Beiträge zur Physiologie des Schmerzsinns*, Leipzig, 1894), llegaron á suponer que existen nervios doloríferos y centros doloríferos diversos a los sensoriales y en menor cantidad. Hoy esta hipótesis no es viable, sino con muchas restricciones. Brown-Séquard admite ciertas vías doloríferas distintas, pero á través de la substancia gris solamente. Según Wundt, habría para las impresiones del tacto y de la temperatura una vía primaria por la substancia blanca, cuando las excitaciones son moderadas, y una vía secundaria por la substancia gris, que serviría de derivativo cuando las excitaciones fueran violentas. Para Ribot (*La Psychologie des sentiments*, París, 1896), «la hipótesis de vías separadas, cualesquiera que sean, tiene la ventaja de concordar con un hecho bien conocido: que la transmisión del dolor se retarda respecto de la transmisión sensorial.» Como se ve por estas opiniones autorizadas, é infinitas más que pudieran citarse, aún la fisiología no ha llegado ni á establecer, respecto de los dolores externos, cuáles nervios y en qué forma transmiten el dolor de la periferia á la medula y de ahí á los centros comunes; respecto de los dolores internos, la duda es mayor. Respecto á los propiamente psíquicos, la obscuridad es casi completa, no conociéndose exactamente ni siquiera su localización relativa, que Sergi (*Piacere e dolore*, Milán, 1894) coloca en el bulbo, dando como antecesores de su doctrina á Todd, Hack Tuke, Loycock, Spencer, Brown-Séquard y otros.

En cuanto á las definiciones del dolor físico, hallamos en la fisiología contemporánea las mismas confusiones ó,

psicólogos escolásticos ignoraron siempre esta equivalencia; no así el vulgo, el ignorante. Pues el pueblo ha dejado en algunos idiomas modernos cristalizaciones que, á la par de la fisiología, pudieron servir de datos á los psicólogos modernos. Así los alemanes, por ejemplo, que han formado una lengua eminentemente filosófica, llaman des-

mejor dicho, *vaguedades*. Para Wundt, «es una excitación, la más violenta, de algunas partes sensoriales, excitación que pone simultáneamente las excitaciones más extendidas de otras partes». Para Richet, «el dolor es una vibración fuerte y prolongada de centros nerviosos conscientes, que resulta de una excitación periférica fuerte y, por consiguiente, de un brusco cambio en los centros nerviosos».

Los datos que suministra la fisiología á la psicología especulativa, acerca del dolor y el placer, son, pues, unos cuantos conceptos generales que podrían reducirse á la anormalidad y violencia relativa del primero, que interrumpe así las actividades vitales, y á asimilar el segundo á dichas actividades. Esto es precisamente lo que tomo para la doctrina del *instintismo* que desarrollo.

Los fisiólogos han preferido estudiar como *cantidad positiva* al dolor; los psicólogos al placer, al que definen: ya como el acrecentamiento de una de las funciones vitales ó razón de ellas (Bain); ya como el aumento de las fuerzas que constituyen el yo (L. Dumont); ya como un retorno del organismo á equilibrarse con su ambiente (Delbœuf); ya como una actividad moderada ó acciones que contribuyen al bienestar del organismo (Spencer); ya como una actividad del alma al ejercerse libremente en el sentido de las vías de la naturaleza, ó al triunfar de los obstáculos que se le oponen (Bouiller), etc. En todas ellas se halla, pues, este elemento: *el desarrollo de las actividades vitales*.

de muy antiguo, desde los «Eddas», *Lust* al ánimo y hasta al poder de trabajar, de ejercer las actividades vitales, y también al placer (*Freude*); y *Unlust* la negación del *Lust*, á la desanimación y á la incapacidad, y también al dolor (*Leide, Schmerz*). Esencialmente, no es más que la comprobación de este fenómeno lo que hay de científico en las leyes de Grote. Los ingleses llaman orgullosamente á Inglaterra *the merry England*, y aunque la traducción literal de *merry* es alegre, me parece indiscutible que, así usado, este adjetivo evoca en la imaginación del pueblo ideas de actividad y de poder. En francés se dice *le plaisir* y *la douleur*, indicando el género masculino la fuerza, la iniciativa, la actividad; la debilidad el femenino. En francés, en alemán, en inglés, en español, en todas las lenguas modernas y antiguas se puede anteponer un prefijo de negación sólo á la palabra placer ó sus equivalentes: *plaisir, de-plaisir; agreeable, des agreeable; Lust, Unlust*; «contento», «descontento»...

Hase tratado de someter los fenómenos del dolor y el placer á leyes fisio-psicológicas. Entre estos intentos han alcanzado gran popularidad las leyes de Grote, que reconocen cuatro estados: 1.º, *placer positivo*, cuando el exceso de actividad es precedido de un exceso latente de fuerza; 2.º, *dolor positivo*, cuando el exceso de actividad es

precedido de una falta relativa de fuerza latente; 3.º, *dolor negativo*, cuando la falta de actividad es precedida de un exceso latente de fuerza; y 4.º, *placer negativo*, cuando la falta (la detención) de la actividad se produce en el momento en que hay falta de fuerza.

No me parece clara ni exacta esta distinción entre placeres y dolores «positivos» y «negativos». No ya el vulgo, sino el mismo psicólogo empapado en las leyes de Grote, distinguirá dificultosamente en cada caso si se trata de placeres positivos ó negativos; de dolores negativos ó positivos. Lo que todos distinguimos es el dolor del placer, y si intentamos alguna clasificación, serán físicos y psíquicos é intensos ó agudos y leves. Aun de estas distinciones, la primera es difícil por la íntima vinculación de lo físico y lo psíquico, que hacen de cada fenómeno vital un fenómeno psico-físico; la más neta es la segunda. Nadie es incapaz de distinguir si un placer ó dolor que siente es agudo ó intenso... Esta, á pesar de su vaguedad aparentemente anticientífica, es la única diferenciación genérica positiva en los dolores y los placeres.

Ahora bien; hase demostrado (y este es el verdadero mérito, á mi juicio, de la ley de Grote) que el dolor y el placer dependen del ejercicio de nuestras actividades vitales. Las actividades vitales podrían clasificarse en dos grupos: 1.º, *funciones*

conscientes-voluntarias, tendentes á satisfacer la apetición (necesidad de movimiento, reposo, sed, hambre, amor, trabajo mental); y 2.º, *funciones subconscientes-subvoluntarias* del organismo (digestión, respiración, circulación). ¿No sería posible concretar en algunas leyes las sensaciones del dolor y placer, relacionándolas á esta clasificación de las actividades vitales? Así llegaría yo á las cuatro leyes siguientes:

1.ª Las funciones conscientes y voluntarias que satisfacen la apetición, producen placeres intensos ó agudos.

2.ª Las funciones subconscientes é involuntarias de la digestión, circulación y respiración producen un placer leve que se llama bienestar, *la joie de vivre*.

3.ª La no-función de satisfacer las apeticiones dentro del *período preparatorio* que necesita el organismo, implica á veces un dolor leve que no es más que un aguzamiento de los apetitos.

4.ª La no-función de satisfacer las apeticiones que se prolonga un lapso de tiempo mayor que el *período preparatorio* que necesita el organismo, implica un dolor intenso ó agudo.

5.ª La obstaculización ó sobreexcitación anormales de las funciones subconscientes é involuntarias (digestión, respiración, circulación), acarrea dolores intensos y agudos (estados patológicos).

A estas simples leyes pueden reducirse todos los fenómenos del placer y del dolor, leyes que un lector desprevenido podría clasificar de vulgaridades... Es que la psicología no tiene otro objeto que precisar lo que todos sentimos, y lo que todos sentimos serán siempre vulgaridades. Cualquiera que sepa observarse, es un psicólogo. La cuestión es que son pocos, pero muy pocos, los que saben observarse sin que otro les haya dicho antes lo que tienen adentro... Entonces la luz se hace, y todo parece tan sencillo como lo del huevo de Colón.

Ponerles nombres vagos ó pomposos á los fenómenos psicológicos, es enmascararlos; y desnaturalizarlos, tratar de reducir su mecanismo á fórmulas matemáticas. En su esencia pueden someterse, como lo intento, á ciertos principios fundamentales; pero sus formas son variadas y al parecer empíricas, pues nos es imposible descubrir en cada caso sus infinitos antecedentes. Si se quisiera hacer de la psicología una ciencia de precisión matemática, nos hallaríamos con que no hay una psicología, sino *psicologías*, porque cada sujeto presenta en cada instante formas individualísimas de los fenómenos generales. Habría infinita más razón en este aforismo que en aquel tan conocido de los modernos médicos, de que «no hay enfermedades, sino enfermos».

De las cinco leyes planteadas, emerge un corolario importante: *las sensaciones agudas de dolor ó placer son transitorias*. Las primeras, porque provienen de causas exteriores, y pasan cuando desaparecen las causas (un golpe), ó porque provocan estados patológicos que sanan ó se agravan (una intoxicación); cuando no sanan ni se agravan, es porque han pasado á un estado latente (la cronicidad), en el cual el dolor adopta las más variadas formas intermitentes ó continuamente fluctuantes. Las segundas, las sensaciones agudas de placer, son ocasionales y periódicas; como que provienen de la satisfacción de las necesidades ocasionales y periódicas de la apetición. Sólo el leve bienestar proveniente de las funciones inconscientes é involuntarias (vegetativas) del organismo, *la joie de vivre*, es, en invariables condiciones de salud, estable. En contados casos pueden también parecer estables en una especie de cronicidad latente, ciertas satisfacciones de la vanidad humana... Pero esta anomalía no destruye las antedichas leyes y su corolario, como ciertos fenómenos de histerismo y faquirismo, que debe abstraer el psicólogo que estudia principios generales, por ser excepciones.

CAPÍTULO III

La primer ley de la vida, el instinto.

En la evolución de las especies y en el desarrollo del individuo, así como la facultad de sentir el dolor y el placer es anterior á la del movimiento coordinado, el *instinto* es anterior á la conciencia y á la voluntad... Con más ó menos restricciones y discrepancias, todos llamamos instinto á una fuerza vital psico-física, la fuerza vital por excelencia, fuerza inconsciente, subconsciente, preconsciente y hasta hiperconsciente si se quiere, cuyo objeto es evitar el dolor y producir el placer. ¿Para qué? El *modus operandi* del instinto es la disminución ó aniquilamiento del dolor y la sana evolución del placer; su *objeto* es la conservación del individuo y la propagación de las especies. Cuyo objeto emana de la naturaleza del placer y del dolor, puesto que aquél acrecienta y ésta disminuye la energía vital.

Entonces, *la primera ley de la vida es el instinto*, ley que podría formularse así: *existe una fuerza psico-física, el instinto, que, atravesando todas las graduaciones de la conciencia, desde la inconsciencia hasta la consciencia, tiene por objeto inmediato disminuir ó evitar el dolor y producir ó*